



La princesa Angelines se pegó una panzada de llorar...

HACE MUCHOS AÑOS...

(CUENTECITO INFANTIL CORTITO)

Por GILA

I

En primer término, una música de cuentos, que poco a poco va descendiendo hasta quedar como música de fondo.

HACE muchos años, cuando ataban los perros con longaniza y había sitio para aparcar, vivía un Rey que se llamaba Manolito Fernández Morcilla, pero al que todos los habitantes de la nación llamaban don Manuel por la cosa del respeto. Don Manuel, el Rey, tenía el apodo del besucón porque se pasaba el día dando besos a diestro y siniestro. Manolo primero

II

«el Besucón» trabajaba de Rey en un país pequeñito que se llamaba Caturcia. Caturcia era un país tan pequeñito que sólo tenía una oveja (balido), un farol, un perro, una bicicleta y un futbolista. Cuando al futbolista, que se llamaba Pichirri, le daban una patada, traían otro de la Argentina o del Brasil; de esta manera, el deporte no se acababa nunca en Caturcia. Con la lana de la única oveja que había en el país, y que se llamaba «Pepita», hacían un jersey de lana todos los años para el único niño de Caturcia, que se llamaba Fernandito, y que como todo en el país, era niño único.

Fernandito era muy bueno, y se pasaba todo el día acariciando al gato del país y al perro del país. Daba de beber al sediento y cepillaba al polvoriento.

Caturcia tenía una muralla pequeñita, como si dijéramos una tapia de un solar, pero en país, y la muralla tenía una puerta en la parte de allí, que servía para entrar, y otra puerta en la parte de aquí, que



Fernandito salió en busca del malvado conde de la Visagra...



Manolo primero «el Besucón» trabajaba de Rey en un país pequeñito...

servía para salir. La puerta de entrar tenía un timbre; la de salir, no.

El Rey tenía una hija, que era princesa por parte de padre, y que se llamaba Angelines Cifuentes González. Angelines, la princesa, se pasaba el día bordando delantalitos de tisú y haciendo bellos encajes de bolillos y tapetitos de franela para el pobre del país, que igual que todo en Caturcia, era pobre único y se llamaba Alejo.

La princesa Angelines estaba enamorada del empleado de Correos, que estaba en la ventanilla pegando sellos, pero el Rey quería que la princesa se casara con

III

alguien que tuviera título.

Un día, el timbre de la puerta de entrada del país sonó. Era el conde de la Visagra, que venía a pedir la mano de la princesa. El conde de la Visagra era un sinvergüenza y más malo que su padre, que ya es decir, pero como sabía que la princesa y el Rey eran gente de dinero, lo que quería era casarse por el interés. El Rey dijo que sí, que bueno.

La princesa Angelines, al enterarse, se pegó una panzada de llorar que no había quien la consolara. Se pasaba los días y las noches, y algunas veces hasta las tardes, llora que te llora en la ventana del palacio.

Fernandito, que estaba en la calle jugando solo porque era niño único en el país, vio que caían unas gotas y pensó que estaba lloviendo, pero como el hombre del tiempo había dicho que no llovería se extrañó, miró hacia arriba y cuál no sería su sorpresa, ¡oh! amiguitos, cuando vio que lo que le mojaban eran las lá-



La princesa Angelines estaba enamorada del empleado de Correos...

grimas de la princesa Angelines.

—¿Qué te pasa, ¡oh! tú, bella princesa? —la preguntó Fernandito.

—Pues esto y lo de más allá, pequeño niño —le dijo la princesa.

Y así fue como Fernandito se enteró de que el Rey quería casar a su hija con el malvado conde de la Visagra.

Fernandito se puso el bigote de su padre, aprovechando que el padre se lo quitaba para dormir, y con el bigote de su padre y la espada de su abuelo, que había combatido en la batalla del Empujón contra los turcos, salió en busca del malvado conde de la Visagra.

—¡Defendeos, villano! —dijo Fernandito, poniendo la voz muy gorda para que le hiciera juego con el bigote de su padre.

Y el conde de la Visagra, el malvado conde de la Visagra, dijo:

—¿Quién sois y qué queréis, infame bajito?

—Soy Fernandito «el Tremendo», y vengo a pelear por la princesa Angelines, ya que os casáis con ella por el interés y no por amor.

Y el malvado conde de la Visagra dijo:

—¿Y a vos qué os importa, pequeñaño?

y IV

Y sacando su espada del armario de la cocina atacó al pequeño Fernandito, pero ¡menudo era Fernandito! Ris, ras, ris, ras, con la espada de su abuelito pinchó en el dedo gordo del pie derecho al conde de la Visagra, que comenzó a gritar:

—¡Mi juanete! ¡Me ha pinchado en mi juanete! ¡A mí, mis fieles criados!

Pero como era jueves, y los jueves los criados no estaban en el castillo porque era su día libre, nadie vino en su auxilio, y Fernandito, ris, ras, ris, ras, con la espada de su abuelito, venga a pincharle en el juanete, hasta que el malvado conde no pudo más, y montando en su caballo «Centollo», digo «Centella», huyó por el monte, luego por el río y por la calle y más tarde por el horizonte, hasta que desapareció en la lejanía.

Cuando la prince-

sa se enteró, se puso muy contenta y con la lana de la oveja que se llamaba «Pepita», le hizo un jersey a Fernandito y una boina de encaje.

Un año más tarde, la princesa se casaba con el empleado de Correos, que era un pedazo de pan, y que la quiso mucho y la llevaba a Correos con él para que le viera pegar los sellos.

El Rey se puso muy contento de saber que el marido de su hija era un pedazo de pan y que el conde de la Visagra sólo venía por el dinero.

Desde entonces, Caturcia fue un país muy feliz, y la princesa y Fernandito, y la oveja «Pepita», y todos fueron muy felices, y no comieron perdices porque era el tiempo de la veda, pero se pusieron de cangrejos como el Quico.

De nuevo entra la música a primer término hasta el final.

Ilustraciones de FORGES



El conde de la Visagra

era un sinvergüenza...